

LA PERSONALIDAD CIENTIFICA, MORAL Y PROFESIONAL DEL DOCTOR IGNACIO CALVO Y CARDENAS

Por:

Dr. Andrés Escanaverino Céspedes

Entre los más altos y meritorios profesionales de la Medicina en Cuba, que fueron contemporáneos del ilustre doctor Cabrera Saavedra, se destaca la figura noble, limpia y altamente simpática del doctor Ignacio Calvo y Cárdenas, cuya vida ejemplar, actuación científica y humanitaria, dedicación médica, acreditan el aprecio, la recordación y la gratitud del pueblo.

Nació en el año 1860, fue hijo primogénito del inolvidable patricio don Ignacio Calvo y Herrera, del cual heredó sus arraigadas características de nobleza, bondad e hidalguía y, sobre todo, las virtudes cívicas que siempre consideró superiores a los blasones heráldicos numerosos que convergieron en su cuna y que siempre desdeñó con la más sencilla y natural indiferencia.

Realizó sus estudios del bachillerato en el Gran Colegio que dirigía en El Cerro don José Alonso y Delgado, el gran educador de la mayoría de los intelectuales patriotas que se lanzaron a la revolución redentora, el lamentablemente olvidado maestro de aquella valiosa juventud a quien llamó don Rafael Montoro "el segundo Luz Caballero". En dicho plantel fue discípulo de Enrique José Varona y otros notables cubanos, cuya memoria goza de la admiración de sus conciudadanos.

Más al llegar aquí debo, en tributo a una amistad que ha dejado una huella muy honda en mi vida, evocar recuerdos íntimos de aquellos años en los que el futuro investigador, el bacteriólogo de severa conciencia científica y yo, el futuro médico rural, fuimos condiscípulos.

En la Calzada del Cerro No. 513, en una espléndida mansión que tenía al frente dos leones de mármol de tamaño natural y frente a la quinta del conde de Santovenia, vivía la familia de don Ignacio Calvo y Herrera y su señora doña Teresa de Cárdenas y Montalvo. Con ellos estaban su suegra doña María Luisa de Cárdenas y Montalvo, ya anciana y sus diez hijos: cinco varones: Ignacio, Antonio, Fernando, Gonzalo y Sebastián (Chano) y cinco hembras: María Luisa (Machicha), Lola, Tera, Micaela y María.

Ya yo conocía a esta familia en las frecuentes ocasiones que sus hijos, mis compañeros de colegio, me habían llevado a visitarlas. Este matrimonio pertenecía a la más distinguida nobleza y aristocracia cubana.

El marqués de Casa Calvo, los condes de Casa Montalvo, la marquesa del Real Socorro, la condesa de Jibacoa y el marqués de Almendares eran sus cercanos parientes, pero no se notaba en su vida, ni en su trato vanidad ni orgullo por su elevada e ilustre cuna. La casa era un palacio amplio y cómodo, ocupando los varones un ala entera del edificio, con tres habitaciones, baño, y piscina. El ala derecha pertenecía al resto de la familia. Los muchachos me instalaron en su departamento que estaba atendido exclusivamente por un criado esclavo, como toda la numerosa servidumbre, que se llamaba Cándido.

Desde el primer día fui tratado por esa noble familia como otro hijo, participando yo de las atenciones y el confort de que gozaban Ignacillo, Antonio y Fernando.

El primero estaba matriculado en Medicina, los dos restantes estudiaban en la Facultad de Derecho. Mi desconsuelo era grande por no haber podido matricularme en ese curso. Estábamos a fines de la primera semana de octubre cuando Ignacillo, al llegar de clase, me dio la grata noticia de que había decretado el gobierno conceder quince días de prórroga a los que quisieran matricularse. Yo no tenía dinero para la matrícula. Ignacillo aseguró que al día siguiente iría a pagarla conmigo a la universidad.

Llegada la noche fue al comedor donde alrededor de la gran mesa se jugaba al monte, como se hacía entonces en las principales casas: se hallaban más de veinte personas. Tallaba Juan de Cárdenas, hermano de Teresilla. Ignacillo entró en el comedor y dijo: "alto". —A todo —le respondió Juan de Cárdenas creyendo que era un punto que pedía juego. —No se trata de eso —contestó Ignacillo— sino de que necesito recaudar 35 pesos para pagar la matrícula de un estudiante pobre, compañero y amigo.

Cada uno, sin contestar, extrajo de la pila de dinero que tenía al frente cierta cantidad, que reunió el banquero y le dijo: "ahí tienes cuarenta pesos, y ahora déjanos seguir el juego."

Al día siguiente entraba con Ignacillo en la universidad y oía mi primera clase lleno de júbilo y saludado por muchos antiguos compañeros de los colegios Ituarte de Guanabacoa, Belén y Gran Colegio.

Fuimos compañeros hasta el cuarto año, en que Ignacio Calvo, herido en su dignidad de estudiante de escrupulosa conciencia, decidió continuar su carrera en Barcelona. Allí terminó sus estudios médicos y fue discípulo queridísimo de preclaros maestros como los doctores Robert, Esquerdo y Rodríguez Méndez.

Aún debo recordar otras notas del ambiente familiar en que se formó el médico ilustre que recordamos esta noche. Y perdonad a quien ha pasado ya los umbrales de los noventa años que insista en detalles domésticos para dar un tono adecuado a esta evocación, que quisiera que llegara a ustedes con la mayor nitidez.

Después de los exámenes partíamos a pasar las vacaciones en el Cayo. Estaba esta hermosa finca situada a legua o a menos del pueblo de Hoyo Colorado, hoy conocido por Bauta, a cinco leguas de La Habana por la carretera de Guanajay que partiendo de la Lisa en Marianao, sigue por Cantarranas, Arroyo Arenas y Punta Brava hasta dicho pueblo de Hoyo Colorado.

Este viaje lo hacíamos en volantas que eran dos: una muy nueva y elegante, con la librea del marqués de Casa Calvo, y otra algo*menos lujosa con la del conde de Casa Montalvo. La primera se guardaba en El Cerro y la segunda permanecía en El Cayo. Ambas eran de magnífica construcción de madera de majagua, carroza de búfalo y arreos con todas las hebillas y pasadores de plata fina. Los caleseros Eusebio y Onofre vestían camisa y pantalón blanco, librea roja galonada, botas altas de campana, espuelas de plata y fúete de cuero tejido. Lustraban la capota y mangos de plata y los arreos con un betún especial que fabricaban y eran muy celosos de su prestigio, blasonando ambos de, nunca en viaje, volver la vista atrás y pasar no obstante con su volanta entre palmas, estrechas puertas, sin tropezar jamás.

Pero los muchachos viajábamos rara vez en las volantas que se reservaban para las señoras. Ibamos por ferrocarril a Marianao y allí tomábamos un coche de cuatro asientos que guiaba un cochero contratado llamado Miguel, que nos llevaba siempre.

La finca "El Cayo" tiene sus casas de residencia en el centro de la península de la Rosa, rodeada toda por la laguna de Ariguanabo, la más extensa de Cuba y única que merece el nombre de lago. La casa de vivienda era muy elegante y confortable. Rodeada de corredores con persianas verdes, era muy espaciosa y contenía la sala, habitaciones de la familia y gran comedor. Detrás de ella había otra en la cual estaban un gran salón dormitorio, donde dormíamos los muchachos y los visitantes que nunca faltaban, siendo los de rigor, Luis Suárez, Cristóbal la Guardia, Alfredo Arango y Pancho Montalvo.

En esa casa estaban hacia la parte de atrás la gran cocina, despensa y algunas habitaciones de la servidumbre. Esta era numerosa y todos esclavos, pero muy bien tratados.

Tránsito, el maestro cocinero, artista en su oficio, podía competir con los franceses, lo mismo en las comidas ordinarias que en los grandes banquetes. Tenía dos ayudantes jóvenes de 17 años: Víctor y José Inés. Ignacillo tenía criado especial y Cándido atendía a los demás.

A la izquierda de esta casa había dos más: la primera contenía las habitaciones de los caleseros y cuartos de arreos. Otra habitación para Quimbo con su tiendecita. Allí vivían también los hortelanos y detrás las caballerizas para dos tríos de hermosos caballos criollos de gran talla y dos más de repuesto para el tiro de las dos volantes.

Los terrenos extensos y fértiles formaban en la península un hermoso potrero de 20 caballerías, prados, montes y un bosque de majaguas, estancia para cría de aves y hortalizas, plántales y sembrados de viandas.

La laguna rodeaba este paraíso, en parte lago profundo navegable en botes y parte cubierta de juncos de los que se vendían todos los años abundante cosecha.

Mucha y buena pesca y caza de patos de la Florida, yaguazas, becasinas, guareaos, etc. que estaba arrendada a un contratista anualmente.

Frente a una de las mayores porciones de la laguna tenía Quimbo su estancia El Zarzal primorosamente sembrada y cuidada.

Y aquel gran señor que fue don Ignacio Calvo y Herrera, tenía un espíritu vigilante, casi diríamos de actitudes austeras que contrastaban tal vez, con su situación de opulencia, con su medio aristocrático.

Lo veo con precisión en esta estampa, que en realidad es la de la muerte del cubano de encumbrada prosapia.

La enfermedad crónica de don Ignacio se agravó. Pepillo Montalvo tuvo varias juntas con los más reputados médicos: Landeta, Bruno Zayas, Raimundo de Castro. Lanton y Valencia, sin mejores resultados. Yo, que estudiaba ya Patología Interna luchaba porque se le aplicaran vegigatorios en las articulaciones para atraer a ellas el influjo de la gota visceral, que hacía peligrar su vida y al fin conseguí llevar a visitarlo a mi catedrático de Histología doctor Felipe Rodríguez (Felipiílo) que los recomendó, pero era tarde e inútil apelar a nuevos recursos, porque marchaba el mal a paso rápido.

A la habitación siempre llena de la numerosa familia y de los amigos íntimos, acudió a rendir en aquellas horas su testimonio de gratitud, mi padre, llamado por mí. Ignacillo estaba allí de vacaciones. Y entre la servidumbre se escuchaban llantos y lamentos.

Antes de expirar tuvo un momento de lucidez. Dijo: "Nunca traté con negreros ni compré negros, he libertado espontáneamente a muchos, los que tengo los heredé de mis mayores y desearía libertarlos en este supremo instante. Es una calumnia que se me atribuya participación en un alijo de 400 bozales en Canasí. Eso lo hicieron —y citó a dos hacendados cubanos muy ricos y de prominente posición social— a través de mi ingenio "Dolores" en Canasí, sin mi consentimiento y así lo reconoció la justicia exonerándome de toda culpa. Juro esto ante mis hijos."

Después fue recibiendo uno a uno todos los miembros de su familia, diciendo a cada cual solemnes palabras. A Ignacillo dijo: "Tú llevas mi nombre, mantenlo siempre con vergüenza, dignidad y honor".

Permaneció en silencio, respirando cada vez más lentamente, hasta exhalar su último suspiro a las dos de la mañana.

La vida de investigador del doctor Ignacio Calvo comienza en realidad en el laboratorio de la Crónica Médico Quirúrgica de La Habana, que dirigía el doctor Juan Santos Fernández, el cuarto presidente que tuvo esta casa ilustre que patrocina estos ciclos de conferencias.

El mismo Ignacio Calvo lo declaraba en ocasión memorable: en su discurso de ingreso en nuestra Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales. "Desde mi entrada en el laboratorio

quedó para siempre fijada mi vocación". Allí tuvo como orientador, como guía, al sabio y bondadoso doctor Juan N. Dávalos, su maestro y su amigo incomparable. El mismo Dávalos nos dará estos rasgos del doctor Calvo como investigador: "Todos reconocimos en él una vasta instrucción médica, un juicio certero y un carácter noble, que se reflejaron en todo cuanto expresó al departir amablemente sobre varios asuntos. Esto, unido al sello de distinción que le caracterizaba, correcto en todo, con espontánea naturalidad, culto y cortés, revelando una educación esmerada, a la par que una instrucción sólida en conocimientos médicos, nos hicieron estimarlo como una valiosa adquisición para el laboratorio y nos empeñamos en atraerlo".

Ignacio Calvo, que se había recibido de médico en la Universidad de Barcelona en 1887, había tenido el fecundo aprendizaje de los médicos rurales. En 1891 contrae matrimonio con una dama de resplandeciente belleza, de exquisita distinción: la señorita María Antonia Silva y Alfonso, angelical criatura que consagró su vida al esposo idolatrado.

Con anterioridad a su ingreso en el laboratorio sólo había publicado dos contribuciones a la Medicina:

- 1) "Fiebre tifo-maládica sincopal y hemorrágica". Resultado de una observación clínica larga y penosa y que sin duda puso a prueba sus aptitudes de médico y amigo.
- 2) "Angina no diftérica tratada por el suero antidiftérico del Laboratorio Bacteriológico."

Damos a continuación unos pocos títulos de los trabajos posteriores de investigación de este médico tan benemérito como modesto:

- 1) "Seroterapia de la Erisipela".
- 2) "Uso del suero antidiftérico".
- 3) "Análisis bacteriológico de las aguas de pozo, para la investigación del bacilo de Eberth".
- 4) "La angina Pírciana".
- 5) "Importancia del diagnóstico bacteriológico de las anginas".
- 6) "Descripción de un germen patógeno aislado del agua" (en colaboración con el doctor Cartaya).

7) "Estudio del Tétanos en la Isla de Cuba".

En el primer Congreso Nacional Médico celebrado en 1905 presentó su notable trabajo sobre "Análisis Bacteriológico de las aguas potables y su importancia desde el punto de vista higiénico". En él se encarece el importante papel del agua en la salud pública; explica cómo ha podido aislar distintos bacilos siguiendo la admirable técnica del doctor Chantemeuase, comprobando su virulencia mediante experimentos en curieles y conejos, y refiere el hecho singular de haber aislado en unión del doctor Cartaya un germen de alta virulencia, encontrado en un tanque de La Habana, cuyos caracteres, si bien son comunes a los del colibacilo, tienen uno que le es peculiar: el de producir, en todos los animales inyectados (carneros, perros, conejos y curieles) *una vaginitis de carácter gangrenoso*, que no ha visto descrita en ninguno de los autores consultados, y por tanto, insiste en la necesidad de hacer un análisis prolijo de las aguas, cualquiera que sea su procedencia, destinadas a ser potables a fin de prevenir posibles enfermedades y al efecto propone la creación de un cuerpo especial o sección de Hidrología compuesto por ingenieros, químicos y bacteriólogos, dependientes de la Junta Superior de Sanidad, destinado a practicar dichos exámenes químicos y bacteriológicos antes de declarar recomendable al agua para el uso doméstico.

Uno de sus más notables trabajos se publicó en los Anales de la Academia de Ciencias en 1910, titulado "Contribución al estudio de la Anginas membranosas" en combinación con el doctor Félix Fernández, en el cual llegan a las siguientes conclusiones:

- 1) Que hemos aislado de las falsas membranas desarrolladas en una niña a un bacilo productor de un pigmento rojo, con todos los caracteres del Bacilo Prodigioso.
- 2) Que dicho bacilo es patógeno para el pollo, la paloma y el curiel.
- 3) Que en ninguno de los bacilos rojos aislados por los distintos autores que hemos consultado, se señala entre sus propiedades la de producir falsas membranas.
- 4) Que este germen conserva su poder patógeno y su facultad cromática seis años después de estar guardado en pipetas.
- 5) Y, por último, que estas observaciones nos permiten señalar que existe un germen, que sin ser diftético, puede producir anginas membranosas.

Más de treinta trabajos publicó el doctor Calvo. De ellos, diez y nueve son suyos exclusivamente; cinco, en colaboración con su jefe, el doctor Dávalos, el primer bacteriólogo de Cuba, a quien Calvo llamaba su profesor y hermano y cinco en unión de algunos compañeros de laboratorio, doctores Venero y Fernández, y por último, uno que ya citamos con el doctor Cartaya. En gran parte, estos trabajos contribuyeron a la organización sanitaria que brillantemente encabezó nuestro sabio doctor Finlay, honor merecido tanto por su genial y célebre descubrimiento en los comienzos de la independencia de Cuba como por su anterior dedicación a la investigación científica.

El doctor Arístides Agramonte, que sustituye al doctor Calvo en la Academia, en el elogio póstumo de su antecesor sintetiza en tres hechos capitales la labor investigadora del eminente bacteriólogo:

- 1) Su demostración del ántrax sintomático, infección mortífera, que en 1903 se introdujo en la isla y que por haber sido ignorada por albitares y herreros del interior, venía diezmando las crías de ganado vacuno, amenazando trasmitirse a los agricultores. El doctor Calvo descubrió el germen en las muestras de sangre y tejidos enviados al Laboratorio Nacional y, conocida la identidad del agente causal, fue relativamente fácil proceder a su extinción y previsión. Cientos de miles de pesos significó la obra de Calvo al Estado.
- 2) Su contribución coronada por el éxito, titulada "Análisis Bacteriológico de las aguas de un pozo" que dio por resultado el hallazgo, por primera vez en Cuba, del bacilo de la fiebre tifoidea en aguas que servían para usos domésticos.
- 3) Su comunicación a la Academia de Ciencias sobre la angina piociánica llamando la atención sobre la importancia del diagnóstico bacteriológico en las anginas pseudomembranosas. La exposición clara y precisa, la relación detallada de todas las circunstancias de que se hallaban rodeados los casos y los prolijos procedimientos por los cuales logró llevar a cabo esa demostración, hacen de este trabajo una obra maestra y una verdadera y completa lección acerca del bacilo piociánico.

Incalculables son, señoras y señores, los beneficios prestados a su país por el doctor Calvo, con su microscopio, del cual decía

CONTEMPORANEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 47

era un arma segura y poderosa contra el error y una defensa inexpugnable colocada sobre los baluartes de la Ciencia.

Nuestros hombres de ciencia —sigue diciendo el doctor Arístides Agramontés— todavía no tienen, por desgracia entre nosotros, el estímulo a su labor y el premio a sus esfuerzos que gozan en otros estados de igual desarrollo comercial y político. Esto demuestra que en la magna evolución que se ha ido produciendo en nuestro país, es todavía deficiente, no tan sólo el elemento científico sino también el literario y artístico, y que el desarrollo material, avanzado con mayor ímpetu que el intelectual, amenaza lanzar a nuestra sociedad en brazos de un egoísta materialismo.

Como límpido diamante engastado entre multitud de gamas de inestimable valor, resplandecía en el carácter del doctor Calvo, entre tantas buenas cualidades la caridad, la bendita y excelsa caridad, innata y arraigada fuertemente en su alma imprimiéndole el sello de grandeza que caracterizó todos los actos de su vida.

En el lecho de muerte yacía uno de sus más íntimos amigos y compañero de muchos años; la enfermedad prolongada y penosa había mermado sus escasos recursos al grado de no serle posible a la familia satisfacer las cuotas reglamentarias que debían mantener viable el seguro de su vida. Sabedor el doctor Calvo de esta circunstancia pagó de su peculio los adeudos pendientes y así, al ocurrir el inevitable fallecimiento de su amigo, pudo su familia disfrutar del beneficio material asegurado por aquella mano oculta.

Poco tiempo después se extinguía la vida del doctor Calvo bajo la acción fatal de un accidente fortuito y pudo descubrirse entonces ese acto de abnegada y ejemplar conducta.

Desde sus tiempos de estudiante mostraba a menudo esa vocación innata de piadosa caridad. Asaltaba la mesa de juego en su casa y en la de sus íntimos para pedir a los jugadores su contribución a la colecta que hacía para pagar la matrícula universitaria a algunos estudiantes pobres. Ya he contado mi caso, al comienzo de esta disertación. Arengaba a sus compañeros en la universidad para que le ayudasen a remediar conflictos económicos de sus amigos, o calamidades públicas como la del terremoto de San Cristóbal, del mismo modo que, más tarde, ejerciendo su profesión dejaba en la casa de sus clientes pobres el dinero suficiente para pagar los medicamentos o alimentos necesarios.

Su clientela particular, numerosa y selecta, le estimaba en alto grado reconociéndolo como el prototipo del llamado “médico

de la casa" o más bien de la familia, porque le veían sufrir con los dolores del enfermo y participar de la ansiedad, las inquietudes y las esperanzas de las familias.

Su muerte fue prematura y accidentada, en aras de la ciencia médica que tanto amó y del cumplimiento del deber que fue siempre su devoción. Operando un tumor maligno tuvo la desgracia de herirse con el bisturí y, a consecuencia de este accidente, se le declaró una septicemia violenta que terminó brevemente con su vida. La Academia de Ciencias, de la cual era socio de número, hizo inscribir su nombre en la lápida que recuerda los Mártires de la Ciencia Médica Cubana.

Si con estas palabras, que habéis tenido la benevolencia de escuchar, y que he apoyado con las citas de los ilustres doctores Santos Fernández, Dávalos y Agramontés, he logrado revivir el recuerdo y la gratitud que el pueblo cubano debe a los beneficios recibidos por la obra científica del doctor Calvo y Cárdenas, daréis la -más grata satisfacción a que pueda aspirar el que tuvo el honor de ser su íntimo amigo, fraternal compañero y constante admirador de sus virtudes.





Dr. Gustavo G. Duplessis y Aispúri 12 de octubre de 1894 — 1 de diciembre de 1938

